

## CAPITULO XXVII.

### Memorable sitio de México.

Cuando efectuada esta medida, vió Cortés encerrados en su misma capital á los orgullosos aztecas y aislados de todos los pueblos que los pudieran auxiliar, creyó que bastaba un ligero impulso de su parte, para derrumbar aquel trono, el mas poderoso del Nuevo-Mundo; pero un año de continuas luchas con aquella belicosa y denodada nacion, no había bastado á darle á conocer el carácter indomable de sus contrarios: pues estos semejantes á una fiera cuando se acosa por el cazador, léjos de intimidarse en vista del peligro, crecía mas su furor cuanto mayor era éste; y como si presintieran el destino que se les preparaba con los terribles extrangeros, combatieron con un denodado esfuerzo, que es un glorioso ejemplo de las virtudes cívicas que poseían en alto grado aquellos desgraciados mexicanos.

Cortés quizo al dia siguiente de cerrado el sitio, hacer una entrada en la capital, para lo cual se puso en marcha con mas de quinientos españoles y ochenta mil aliados, quedando el resto con la caballería para cuidar del campamento: y al mismo tiempo debían hacer igual operacion Alvarado y Sandoval con sus respectivos ejércitos. Marchó Cortés con su numeroso ejército ordenado en forma de batalla, hasta llegar á un ancho foso defendido por innumerables guerreros resguardados tras una fuerte trinchera de piedra: aquí se defendieron valerosamente los mexicanos, porque mientras sus tiros hacían gran daño á los asaltantes, el fuego de estos era rechazado por las piedras de la trinchera. Viendo el general

la imposibilidad de forzar este paso, hizo avanzar dos bergantines por sus flancos que cuando hubieron enfilado el atrincheramento de los indios, rompieron un encontrado fuego que pronto los puso en desorden y los obligó á huir. Entonces abanzó el ejército y pasando el canal unos á nado y otros con el auxilio de los mismos bergantines, persiguieron á los mexicanos hasta la ciudad, donde se parapetaron en otra trinchera, al mismo tiempo que fueron reforzados por mas tropas, que acudían al lugar del combate, con aquel espantable grito de guerra, que hacia hasta estremecer la tierra y helar de temor el corazon del soldado castellano: aquí no pudieron ya obrar los bergantines, como en el fuerte anterior: pero con el nutrido fuego de los mosquetes, lograron replegar el ejército azteca hasta otra nueva trinchera que se levantaba en la calle, siguiendo así este difícil cuanto peligroso combate hasta ponerse al frente de la plaza principal que estaba llena de gente, alentada al brio de la batalla con la presencia de su teocalli donde veneraban sus mas queridas divinidades.

El ejército había suspendido su marcha atemorizado con aquel numeroso concurso; mas llegando Cortés y viendo la irresolucion de sus soldados, fué el primero en avalanzarse sobre el enemigo dando su voz favorita de Santiago, con cuyo estímulo hicieron tal empuje las tropas, ayudadas tambien por el fuego de un cañon, que los aztecas no pudieron resistir y se refugiaron en las alturas del *teocalli* donde algunos sacerdotes manchados con la sangre de las víctimas, cantaban himnos en honor de los dioses y exhortaban al pueblo á pelear con denuedo. Los españoles penetraron las puertas del muro de las serpientes que circundaba el gran templo, y subiendo algunos hasta el atrio superior, precipitaron de su altura á los sanguinarios ministros de Huizilopochtli, cuya imagen volvieron á ver en su abominable santua-

rio, derrumbándola por segunda vez, despues de despojarla de las jollas con que la habian adornado.

Este acto, que los mexicanos juzgaban la mas sacrilega profanacion y por lo mismo el mayor ultraje, los alentó de tal manera, que volvieron al combate con increíble furor, y en su impetuoso empuje arrojaron á los españoles obligándolos á retirarse en desórden y abandonar el cañon que hasta allí habian podido conducir. Durante toda esta batalla, un crecido número de los auxiliares, se habia destinado á demoler algunas casas y terraplenar los fosos que les fueron tomados á los de la plaza: así es, que la caballería pudo hallar paso hasta el centro de la ciudad, precisamente en los momentos que se veian obligados á huir en desórden los que habian penetrado primero; y aunque la partida de ginetes era muy corta, fué bastante para desordenar la multitud de los mexicanos, por el horror que les inspiraba la sola presencia de un caballo. Recobraron el cañon perdido y dieron lugar á que el ejército recobrara el órden; mas por estar próxima la entrada de la noche, se retiró Cortés, contentándose por ese dia con los estragos que habian sufrido los sitiados, así por su línea como por las de Sandoval y Alvarado, haciendo que en la retirada, fueran quemadas las casas inmediatas á su camino. (1)

Esta atrevida entrada á la ciudad, aunque ocasionó graves pérdidas á los sitiadores, no dejó de serles muy fecunda en favorables resustados, pues en ella no solo se horrorizaron los sitiados, sino que los pueblos inmediatos temerosos de los españoles, se apresuraron á ofrecer su alianza, que fué de grande interes para los conquistadores.

El primero que llevó su socorro al campo de Cortés,

1 Terc. cart. de Cortés pág. 250 Herrera dec. 3 lib. 1.º cap. 18.

fué el rey de Tezcoco, mandando un ejército de 50 mil hombres al mando de su hermano, cuyo príncipe tomó en el bautismo el nombre de D. Carlos Ixtlilxochitl. (2) Este ejército fué dividido en los tres campamentos reservándose el general veinte mil hombres al mando de su ilustre gefe y distribuyendo el resto en los campos de Sandoval y Alvarado. Tambien recibió los recursos de las ciudades de Xochimilco, Mexicaltzinco, Colhuacan, Huitzilopochtlo y Cuitlahuac, quienes lo auxiliaron con tropas, mas de tres mil canoas y los operarios y materiales para construir casas en su campamento, donde sus soldados pudieran ponerse al abrigo de las lluvias que ya los molestaban demasiado. (3) Para hacer mas completo el asedio, mandó seis bergantines por la parte de Tlacopan y Tepeyacac, para que auxiliasen á Sandoval y Alvarado en sus operaciones cuidando al mismo tiempo de que por agua no entrasen refuerzos á la capital. Con esto y el gran número de fuerzas que se le habian unido, se creyó bastante fuerte para dar otro asalto y dió sus órdenes para verificarlo dentro de tres dias. El dia señalado, marchó con trescientos infantes, la mayor parte de la caballería, una gran multitud de aliados y siete bergantines: conforme avanzaban, se encontraban con los fosos abiertos, las trincheras levantadas y los enemigos tan preparados á la defensa, como si nada hubieran sufrido. A pesar de esto, abriéndose brecha con los cañones, volvieron á destruir y tomar las fortificaciones reparadas y así continuaron hasta la plaza mayor, donde Cortés mandó hacer alto: y allí dió órden de que se volvieran á nivelar los fosos, y se incendiaron algunos edificios, entre los cuales se contaran el palacio de Axayacatl que le habia servido de cuartel, y la casa de Aves

2 Clavijero tom. 2º pág. 160.—3. Terc. cart. de Cortés pág. 269, Clavijero tom. cit. pág. 163,

4 Cortés lere. pág. 258.

de Moctezhuma. Estos edificios aunque eran de piedra, tenían en el interior gran cantidad de madera y carrizos, objetos tan combustibles, que en un momento se cebó en ellos el voraz elemento arrojado por los sitiadores: y en un momento la gran metrópoli india, fué cubierta con una densa nube de humo, cuya tenebrosa sombra parecía eclipsar aquel brillo de sus glorias que habían pasado. Los aztecas irritados hasta el extremo con el esterminio de aquellos edificios que al mismo tiempo de embellecer su capital, los consideraban como preciosos monumentos de la grandeza de sus mayores, salían de las casas donde se habían refugiado; y como si enardeciera sus bravos corazones, el fuego que en una colosal columna se elevaba en el centro de la reina de los lagos, atacaron con ciego furor á los españoles y sus aborrecidos aliados, yendo á recibir gustosos la muerte, con solo tener el placer de dar aunque fuera un golpe á sus contrarios.

Esta jornada habia costado ya mucha sangre al ejército sitiador y la fatiga habia sido casi superior á sus fuerzas, para que pudieran sostener en aquella hora una lucha tan encarnizada: de modo que el general dispuso la retirada á su campamento, siendo en toda ella molesto terriblemente por los mexicanos que no cesaron de saciar su furor en la retaguardia de sus enemigos. Este mismo ataque habian dado Alvarado y Sandoval por sus respectivas lineas, haciendo tambien grandes estragos en la ciudad sitiada, pero mas que esto, enfurecia á los mexicanos, verse insultados por aquellos pueblos que jamas se habian atrevido á pisar las puertas de su capital; y en esta vez, á la sombra de las armas y la disciplina castellanas, se habian cebado como rabiosos perros en su sangre, preparándose un rico festin con los miembros de los guerreros, que habian muerto en defensa de sus derechos.

Al dia siguiente ordenó Cortés otro asalto, para no dar tiempo á los enemigos, que repararan los perjuicios que se les habian hecho; pero con sorpresa encontraron los mismos obstáculos de siempre, pues los canales estaban abiertos, los atrincheramientos reconstruidos y los soldados en tal actitud de defensa, como si la devastacion que sufría aquel infortunado pueblo, no hubiera servido sino para aumentar el número de los guerreros y acrecentar el brío con que defendian su causa. El emperador azteca, sin embargo de su temprana edad, dió pruebas de una madura experiencia, de un singular heroismo y de bastante pericia militar, propia de los países civilizados. Todo el dia ocupó el general para andar el mismo camino del dia anterior y volviendo en la tarde á sus cuarteles, á la mañana siguiente se hallaba en el mismo estado, sin mas fruto que la fatiga de los soldados y derramar torrentes de sangre. Así estuvo algunos dias; pero segun él mismo dice, los españoles no eran bastantes para conservar los puntos tomados al enemigo, á los aliados no podia fiárseles esta mision, ni podia acampar dentro de la misma ciudad, porque el fuerte de Xoloc, donde tenia sus cuarteles, era una posicion superior como puesto de observaciones y para cuidar que por los lagos no recibieran auxilio alguno los sitiados. [4]

Alvarado y Sandoval repetian tambien estos ataques todos los dias; pero ellos no abandonaban todas las posiciones tomadas al enemigo, sino que en la noche situaban en el foso mas inmediato á la capital un destacamento de cuarenta hombres, que se iba relevando en la noche hasta dos veces, y cuando consideraban mayor el peligro, toda la division quedaba allí descansando sobre

4. Cortés terc. pág. 258.

las armas y dispuestas para el combate. Un día, sabiendo que la mayor fuerza estaba en Tlaltelolco y que aun el rey había fijado allí su residencia, quiso dirigir á este punto sus operaciones, marchando de un templo del camino de Tlacopan, que había podido conservar, á pesar de los repetidos y furiosos ataques de los enemigos. Este combate fué muy reñido y sostenido valerosamente por ambas partes, sin que Alvarado pudiera llegar hasta el punto que se había propuesto: y cuando por la tenaz resistencia de los mexicanos se vió obligado á retirarse, encontró con un foso que descuidó mandar terraplenar, y no pudiendo pasarlo sino con grandes dificultades, sufrieron mucha pérdida los aliados y quedaron prisioneros cuatro españoles, que en el mismo acto fueron sacrificados en el templo mayor de Tlaltelolco, aun á vista del mismo Alvarado. Cortés se disgustó sobre manera por la negligencia de Alvarado en mandar llenar el puente donde sufrieron mayor destrozo, y aun pasó á su campo resuelto á reprenderle severamente por no haber cumplido sus órdenes en esta parte; pero informado despues de la bizarría con que se condujo en tan peligrosa refriega, se limitó á encarecerle amistosamente, la necesidad de no avanzar nunca un paso, sin dejar espedito el camino para la retirada, y estar siempre prevenidos contra la astucia y actividad de los mexicanos.

Mas de veinte dias estuvieron los españoles, haciendo estas entradas á la capital, con gran fatiga de la tropa por aquellos sangrientos y encarnizados combates, y sin sacar fruto para el objeto que se proponía el general, pues en la noche perdía el terreno que lograba avanzar en el dia. Los soldados casi todos habían recibido algunas heridas y sufrían extraordinariamente con las incessantes lluvias de la estación, no menos que con la vigilancia continua á que estaban sujetos, pues tambien los aztecas sin limitarse á una pasiva defensa, empren-

dian serios ataques al campo sitiador, generalizándose á veces hasta los tres campos en que estaba dividido el ejército. Esta violenta situación de la que parecía no sacarse fruto, resolvió á varios de los españoles á representar á Cortés la necesidad que había de salir de ella, para lo cual proponían, mover todas las fuerzas hasta llegar á Tlaltelolco, aventurando en el éxito de una accion ó exterminar á los mexicanos ó precipitarlos á rendirse. Esta proposicion, fué hecha por Julian de Alderete, hombre de reconocido talento, y que á sus buenos servicios prestados en toda la campaña, unia su elevada posicion, pues había sido despachado por el gobierno de las islas como tesorero real.

Cortés creía muy aventurado este modo de proceder, y reuniendo en consejo á sus oficiales, manifestó las razones que había en contra y con los argumentos que halló mas eficaces, trató de disuadir á sus subordinados de aquella tan arriesgada empresa; pero los grandes padecimientos á que estaban sujetos, aguijoneaba á todos para buscar un pronto término, que parecía el mas facil, el que aconsejaba el tesorero del rey. El general aunque con disgusto, tuvo que ceder á la opinion general, por mas que le pareciera inoportuno: y designado dia para este ataque, ordenó á Sandoval, hiciese embarcar su caballería, marchando con el resto de la fuerza á incorporarse con Alvarado, para que creyendo los indios que hacían una retirada, se alentarán á salir y pudiera atacarlos por la retaguardia. Le mandó tambien avanzar, cubriendo sus flancos con seis vergantines, hasta el gran foso en que dias antes había sufrido Alvarado el descalabro, cuidando de no dar un paso adelante, sin dejar tapados y apisonados aquel foso y cuantos mas hubiese en el camino, para no dejar á su espalda ninguna cosa que pudiera embarazar la marcha del ejército, ni entorpecer cualquiera retirada en caso necesario.